

EL AUTÉNTICO IMPOSTOR
Por Emilio gómez Milán,
Granada 15 agosto 2001 (cuento 11)

A mi amada Mara

No hay gente normal. Gente es una palabra negativa, gente son los otros, los ajenos a nosotros, por eso decimos " la gente es increíble, la gente no es normal", aunque también decimos "es buena gente", pero siempre sobre un desconocido. Lo cierto es que normal es una palabra extraña. Normal puede significar frecuente, pero no hay nada más raro que la "gente normal", es decir, gente con sentido común, verdaderos ciudadanos. La mayoría son auténticos capullos. Entrás en un bar de machos, y si eres mujer y vas sola, te violan. Las mujeres no son mejores, son brujas y putas, se "sacan los ojos" entre ellas por un hombre o por cualquier otra cosa, destacan por sus habilidades para la seducción, el llanto, la manipulación y la conspiración, de modo inconsciente e inocente, según ellas. Al final, madres adictas y folladores sin sensibilidad, relaciones enfermizas de dependencia, habladurías, egoísmo, suciedad, cobardía, engaño, corrupción, traición, mezquindad, pasividad, violencia, utilización, prejuicios... gente normal.

Así que todo es mentira. ¿No te lo crees?. Entonces pide ayuda, reclama justicia, trata de hacerte entender. La policía te responde que si te crees tú que ellos son guardas jurados. Y tú: "pero oiga, es que un conjunto de vándalos invaden mi jardín cada tarde y me lo destrozan ¡socorro!", y te mandan a tomar por el culo si vuelves a llamar y te amenazan si les preguntas para qué sirve la policía y pagar impuestos. Les informas desde una cabina telefónica que le están dando una paliza mortal a un inmigrante africano en el paseo marítimo, y te responden que no llames más, que ya lo saben, pero ninguna patrulla aparece por allí. Y de paso la compañía telefónica te roba el cambio. Pides justicia porque tu jefe no te paga las horas extras y te despiden de manera improcedente, y el abogado al que acudes te estafa tus ahorros, y el señor juez te responde cinco años más tarde que la palabra no vale nada en este país, y que si le levantas la voz, te encierra. El agua moja, la lluvia cae hacia abajo, la nieve es blanca, caperucita roja, La justicia es un cachondeo, los políticos corruptos, la publicidad engañosa, la universidad analfabeta, las inmobiliarias mafiosas, la oficina del consumidor es una papelería, las normas de seguridad y el chaleco salvavidas de los aviones un engaño inútil... La gente tira los papeles al suelo, hace pipí en las esquinas, pone la música estridente al máximo volumen, engañan y roban a todos menos a los de su familia (en principio); pero los crímenes más atroces, las violaciones, los asesinatos, ocurren siempre en el seno familiar. La familia mata, lo dice la estadística, más que la imprudencia en la carretera, el cancer o el terrorismo. La violencia siempre dispuesta a surgir. En nombre de Dios, en nombre de la naturaleza, del derecho...

Sí, y aquí estoy yo, en el nuevo milenio lleno de hombres primitivos, monos con tecnología futura, sin esperanza, ni en el fin del mundo, soñando con ciudades desiertas donde las plantas se abren paso entre las grietas del asfalto. Ando borracho y sucio, bajo el arco de las pezas, junto a la empedrada plaza larga, en el barrio del albaicín, en Granada, tocando muy

malamente mi flauta, mendigando e insultando a los que pasan, mientras le doy una paliza a mi perrito chico por comer cosas de la calle. Quiero que sea un perrito cívico. Huelo mal, es un olor a podrido, a la peste negra. No soy mejor que nadie, tal vez un poco menos ciudadano y un poco más capullo que la media, pero estoy tan cuerdo como todos. No puedo evitar pegarle al perro, y como un desgraciado cualquiera luego me arrepiento, pero si me desobedece me llevan los demonios. Siempre me llevan los demonios. Nadie se atreve a decirme nada. A veces recibo palizas que no me importan. Parece increíble pero no siempre fui así. Cumpló una misión, estoy seguro de ello, busco un destino. Nadie ni nada en particular me ha traído hasta aquí, ni siquiera yo y mi mala cabeza. He sentido atracción, la atracción de una fuerza a la que pude resistirme, pero no quise. Nadie tiene la culpa, y no se lo que persigo, sólo escucho mi murmullo interior, eso sí, no quiero pegarle más al perro.

Algunas tardes subo hasta la cuesta del aceituno y me baño desnudo en la fuente de piedra, junto al centro de menores femenino de San Miguel, esperando que desde las ventanas las niñas me vean desnudo, como si les importase a las pequeñas zorras. Siempre me turbó ser amable con la niñas, de un modo sincero. Entran flacas y salen gordas, ¿las tratan bien?. Todos los animales enjaulados engordan como los castrados. Luego miro la hermosa ciudad de Granada desde el mirador de San Miguel, las luces blancas de las casitas del albaicín, la rojez iluminada del castillo de la alhambra, el océano de luces, como un portal de belén rodeado por la larga muralla de la ciudad, y me marcho a dormir en el suelo duro de mi cueva en el sacromonte, a las espaldas de la ciudad, en el extramuros, como una alimaña, junto a mis vecinos, los hombres de las cavernas: locos, mendigos, contrabandistas, extranjeros, bohemios, adolescentes fugados, secuestrados... Como un hormiguero a las espaldas de la ciudad iluminada, que se abre entre las montañas como la lava de un volcán. Soy un cerdo, lo sé. Escuche a una muchacha okupa que sollozaba en la montaña, por la pelea con su novio, habían roto y ella se había ido de la casa, le ofrecí refugio en mi cueva y se fue a la mañana siguiente tras escucharla, sonreírle y desearle suerte. En otra ocasión, oí sollozar a otra adolescente, que también había roto con su novio, debe ser la temporada, pensé, me acordé de la primera, que era la que me gustaba más, le dije escucha tu cuerpo, la bese y me la follé en el campo.

Este salvaje no soy yo, bueno no el yo auténtico, sólo uno de ellos. Pero no el verdadero. Por las mañanas bajo al barrio del albaicín de nuevo, ando entre las piedras de sus calles, en la parte antigua, miro las tapias blancas de las casas-cármenes y me maravillo con sus árboles y flores: la flor del pacífico, la buganvilla, las trepadoras y enredaderas... es el único momento consciente, luego todo ocurre muy deprisa tras la primera cerveza de la mañana en la cafetería de la Conchi. No obstante, incluso borrachillo me gusta mirar a la gente, veo a los albaicineros desayunar: el pan rústico con aceite de oliva huntado con tomate triturado, siento el olor del café negro, el polvo de harina del mollete de Antequera y la mantequilla derretida en el pan caliente, tanto que quema. Pero sobre todo escucho los gritos, pues todos hablan en voz alta y se embroman. Un grupo de gitanos guapos de pelo negro y repeinados hacia atrás, con las uñas largas de guitarristas; sus mujeres, repintadas las caras, con grandes tacones afilados como agujas

y las uñas de las manos y los pies en rojo, con grandes colas de pelo negro y alguna teñida de rubio; todos, ellos y ellas, de culo estrecho, piernas flacas y grandes espaldas. El camarero pregunta si "lo de siempre" a una pareja de jóvenes que leen juntos el periódico local, el ideal, en una mesa, a ella se le transparentan los pezones, debe tener frío, él no se quita las gafas de sol. En la Conchi se vocea como en un mercado, sobre todo cuando entra de sopetón el vendedor de lotería ilegal, canijo, con cara de boxeador canijo, en pantalones cortos y sandalias, gritando con entonación musical "¡tengo premio, que tengo premio, hostia!" y al mismo tiempo recoge las mesas hiperactivo, aunque no trabaja allí, lleva los platos y vasos al mostrador y se va, dejando el eco de sus voces que se escuchan mientras hace la calle: "¡vamos niñas, que no quereis gastar los dineros!". Aún me quedan sentidos para extrañarme o disfrutarlos, mientras me adormezco. Al viejo viejísimo con un casco de moto sin visera puesto en el bar, cara de simio, y por nombre Primitivo, que coquetea con una turista japonesa casi adolescente en frances. Allí conspira y perora, sobre internet y el imperio Romano, el de la librería, con pinta de revolucinario frances gordinflón, amante de la buena vida y la belleza, con jóvenes universitarios bellos, de ambos sexos, siempre son bellos. Las mamas toman café tras dejar a los niños en la escuela. Llegan de la juerga nocturna los adolescentes con los ojos hinchados, a tomar un cubatita. Una lluvia de servilletas usadas en el suelo, la porra en la pared para las apuestas sobre la liga. A media mañana, entran a desayunar las cajeras del supermercado, desaliñadas, y las del banco, muy arregladitas. Yo les conozco a todos, los merodeo, los veo cada día venir, comer tostadas de mantequilla, beber zumos de naranja, ser felices en casa de Conchi, y alborotadores, me fijo en su aseo, en la expresividad de sus caras, en sus ropas. Todo ello es mi misión. La verdad es que a mi no me quieren allí, salvo Magda, separada con gemelos, la camarera, quien me trata con cariño y me echa con dulzura, que es lo que más me agrada. Aunque no importa. Todos me conocen y nadie me conoce, me toleran y me desprecian, salvo un desconocido que me invitó a desayunar un día, hablamos de los contratos millonarios en el fútbol y yo rajé como siempre del ayuntamiento que se vende por dos duros a las inmobiliarias y no tiene cojones para resolver los atascos de tráfico, recuerdo su voz pero no su cara, era un concejal del distrito albaicín creo. Para terminar la mañana, Paquito, gordito, con gafas de culo de botella y con síndrome de Down, erupta tras su cerveza, bebe tanto como yo, pero él hace gracia, y el camarero, Carlos, que tiene siempre una picardía para cada cliente, y los pellizca en la cara cuando se van y les toca el hombro cuando llegan, dice que Paquito es el dueño del bar y el que manda allí.

Luego, casi siempre me bajo hacia la plaza larga, por la calle del agua, por cuyo canalillo corren las aguas sucias de los cubos de la limpieza que arrojan las mujeres, y la gente, siempre la gente, viene y va, turistas, albaicíneros y vagabundos borrachos como yo, la irlandesa de pelo blanco y tetas grandes o el escocés miope con su faldita a cuadros y su cara de tonto que sabe mucho. La calle del agua lleva hacia la casa pasteles, donde la gente acude a comer leche merengada y pastelillos, piononos, bollos*... A mi me gusta el bullicio de la plaza larga, unos toman en las mesas de madera sentados sobre las sillas de tijera del cafetín; otros montan puestos de fruta, a veces robo

alguna pieza, un dulce melocotón, alguna cebolla, mientras las mujeres piden la vez. Un senegales ha dispuesto una manta en el suelo y vende copias piratas de la música del momento. La floristería de la esquina ocupa la calle con sus macetas de la flor de la alegría y los animalitos enjaulados, hamsters y conejos, pero los perritos y los gatos siempre están sueltos; y al lado, la tienda donde echo la bonoloto cada semana, siempre la misma combinación, es lo único que me queda de mi anterior vida, los números de la lotería. Me pareció la mejor manera de recordarlos, significan algo, pero ya no recuerdo que, aunque sí los números, se que no debo olvidarlos...Me gusta vivir en el albaicin, aunque ya no corra el agua desde la Sierra Nevada como antes, tan sabrosa y fresca, aunque los aljibes esten sellados y las fuentes secas, aunque los coches destruyan sus piedras negras y los pitidos el bullicio del comercio. Manuel, el dueño de la floristería, me dice los nombres científicos de las plantas. Esta es la **, y también sabe decirlo en alemán. El de la lotería canta en el coro albaycin. Las piaras de turistas colapsan la calle del agua. Miran los gigantescos geraneos rojos y rosados de los viejos balcones de madera y las ventanas enrejadas, y los fotografían. Los artistas retratan las calles y casas. La pescadera vocea su mercancía. La asociación de vecinos del albaicin hace exposiciones de cerámica, hierro, madera, pintura... En las plazas la gente toma migas con sardinas, morcilla caliente, pescadito frito, caracoles y cañas de cerveza, al sol del invierno o bajo la sombra de los parasoles y los árboles en verano. Mientras que yo, ya poseido por mi destino, mi objetivo, mi misión, tan alta que no la recuerdo, toco, muy malamente, la flauta, y el demonio de la soledad y el rencor afloran en mi. Ya llevo cinco años así. Esta vez no me equivocaré. Sabré detectar al impostor cuando aparezca. Definitivamente me tienen por loco. He sabido ser paciente.

Por fin llegó el momento. Llevo cinco años esperando, como tenía pensado, para darme un baño de agua caliente, ahorrando como un ávaro mis limosnas y el fruto de mis pequeños hurtos. Me daré el último baño en la fuente del aceituno. Me rasuraré la barba, luego me cortaré el pelo. Debo engordar 5 kilos, y cambiar mi constitución, me apuntaré a un gimnasio. Todos mis actos tienen un proposito. Propósito que se hace consciente con el placer del aseo, como si la vida de hombre de las cavernas no hubiese sido.

En el gimnasio, ya aseado y vestido como la gente normal, miró a la gente normal. Veo a muchachos musculosos vanagloriarse de sus cuerpos, hablar de sus biceps y mirarse al espejo, competir entre ellos, admirarse y despreciarse. Veo mujeres hermosas que no te miran, veo mujeres acomplejadas que no te miran, veo gente que no sonrie, veo un hombre sin piernas que para compensar trabaja infatigablemente sus enormes brazos. Veo mucha fuerza y mucho musculo, que busca resolver debilidades de la mente. Parecen trabajadores de una cadena de producción, cada uno en su maquina ejercitando de manera monótona un movimiento repetitivo de piernas o brazos, parecen condenados del infierno, como yo, autómatas sin corazón. Sus movimientos, son como vestigios de oficios, que han perdido el sentido, golpear sin objeto, cargar sin objeto. Esclavos de los fantasmas de la autoestima y del narcisismo. Lo que se hace para follar. Es gracioso mirar cuando no esperas nada de nadie. Si tú no reparas en nadie, nadie repara en tí. Soy sin duda el mayor fantasma del

gimnasio.

A ver, saco mi agenda. Ya he renovado mi vestuario, he comprado varios pares de zapatos nuevos, pantalones y camisetas de moda de varios colores, una roja y ceñida me encanta. He cambiado mi olor, uso una fragancia suave para hombre. Me he comprado boxers de seda, me encanta la ropa interior suave. He cambiado la expresión sombría de cabreo permanente con el mundo, que aún sigue afectando a mi modo de ver la realidad, por una expresión más vitalista, miro más directamente a la cara, sonrío más y soy optimista. Necesito la ayuda de algún libro de autoayuda, cinco años dejan muchos hábitos. Ahora practico ser generoso, doy sin pedir nada a cambio. Trato de hacer amigos y de ligar. Leo los periodicos, compro música. Controlo mis tendencias mórbidas a la depresión, la observación, la agresividad y la sexualidad animal. Trato de ser cariñoso con todos. Sigo siendo paciente. Necesitaré unos meses para que me conozcan en el nuevo barrio, Carmenes de san Miguel, en la parte alta del albaicin, como un vecino encantador. Me he hecho secretario de la comunidad de vecinos. Un día cada día, pero sin olvidar mi misión. La chica rubia de la caja de ahorros me sonrie como nunca antes lo hizo, siempre me gustó, he abierto allí una cuenta y ya tengo una profesión: abogado y criminologo. Tengo un nuevo perro. Maté al anterior, podría reconocerme. En realidad no tuve valor y lo solté, nunca me tuvo mucha estima, me lo lleve a Huetor Santillan, un pueblo próximo, donde se puede buscar la vida. Intentaré no pegarle a éste, hasta él debe pensar que soy un gran tipo.

Han pasado seis meses. Nadie echa de menos a un vagabundo. Nadie se fija demasiado en él. Nadie pregunta por él. Ahora soy más alto, más corpulento, soy otro hombre en definitiva. Me paseo por la calle del agua y la plaza larga, desayuno como un señor en el bar de Conchi, ya me conocen y me preguntan si lo de siempre. He sido amable con un harapiento y lo he invitado a desayunar, hemos hablado de los contratos millonarios del fútbol, y del alcalde que no vale un duro ni tiene cojones. Nadie me ha reconocido, todos me saludan como a un hombre nuevo venido de otra ciudad. Por fin puedo entrar en casa pasteles a tomar café y sultanas de coco. Compró la flor de l alegría a Manuel en su floristería y sigo echando la misma combinación de números en la bonoloto.

Es hora de empezar a reconstruir el pasado. Me presento como detective a Carlos, el camarero de siempre en el bar de Conchi, apuesto en la porra del domingo por un empate entre el Madrid y el Deportivo, y le preguntó por un vagabundo que tocaba la flauta en el arco de las pezas, acompañado de un perrito negro. Pregunto a todos por mi, me gusta oírles hablar de mi. Empiezo a soltar historias, los rumores de siempre, el del vagabundo rico, hijo de una familia adinerada, de unos marqueses, que se volvió un poco majara y se escapó de casa. Es curioso como estas historias que promueven la mezquindad humana y prometen alguna confusa recompensa siempre funcionan. La historia creció por si sola, se habló de una herencia por recibir y de una muerte secreta, de un pasado oscuro. Nada preciso, pero suficiente para generar la aparición de impostores que decían ser yo.

Elegí a uno, el vagabundo más parecido a mi, y le inculqué mi vida entera. Lo lleve a mi cueva, le conté como era el perrito, en conversaciones en las que yo parecía preguntar pero en realidad daba las respuestas, le hablé de mi pasado, de mis

padres, de mi mujer. Mientras tanto lo invitaba, lo distraía, y me aseguré que estaba lo suficientemente alcoholizado como para no resultar coherente ni poder defenderse. El pobre diablo estaba convencido de que en el asunto había dinero fácil.

Un bonito martes, tras desayunar juntos, lo entregué a la policía como el joven Tomas Sombra, desaparecido hace cinco años, es decir, como yo antes de yo ser él. El cuerpo del joven Tomás nunca reapareció tras su confusa desaparición, pero si manchas de su sangre por toda la casa, se habló de crimen pasional, y los investigadores dieron el caso por cerrado hace años, la esposa acabó loca. De nuevo volvía a oír hablar de mi, del verdadero yo, a al menos, del primer yo que recuerdo. Como su abogado lo acompañe en todo momento, no fue difícil poner mis huellas dactilares en lugar de las suyas, de modo que la identificación fue positiva. Era un plan improvisado, pero si uno es inconsciente del mismo, nadie se percata.

El periodico ideal recogió la noticia entonces y lo hacía de nuevo ahora con la reapertura del caso, y yo pude leerlo desayunando pan rustico con mantequilla en el bar de Conchi. La verdad no existe, sólo existen las emociones, si algo te produce satisfacción es verdadero. La policía nunca creerá a un mendigo alcoholizado e incoherente. Mis padres han muerto, no tenía amigos y los pocos conocidos no acudirán a verme, a verle, y cuando les pregunten por mi les extrañará que acabase así pero no les parecerá imposible, con mi tendencia a ser huraño y distante, mi esposa será la única que no lo reconocera, pero no importa, ella padece la enfermedad de Capgras, está loca.

Meteré un diablillo en el infierno, la sombra de la culpa, veré la preocupación aparecer en los rostros de quienes me asesinaron. Alguién me perseguía en coche en aquella época, me sentía observado. María y yo estábamos en trámites de divorcio. Casi la sorprendí en la cama con otro. Aunque ella siempre lo negó, dijo que había estado conmigo y me acusó de celoso. De tener celos de mi propia sombra, de mi mejor yo.

Todo se complicó con la enfermedad de María, la cual consiste en que se ven impostores por todas partes, el lobulo temporal, especializado en la identificación visual, se encuentra desconectado del sistema límbico, centro de emociones como la familiaridad o el afecto. El resultado es que mi adorada María reconocía a su esposo al verme pero sentía que se encontraba ante un extraño, y sin embargo me amaba, de modo que sufría y tal vez su intuición o su lógica le decían que se trataba de un impostor, de un hombre que lo había suplantado, de un demonio que lo había poseído. Según los doctores es la única manera para el cerebro de resolver la contradicción, una parte le dice que soy yo (la razón) y otra (el corazón) que no soy yo. Lo mismo le pasó con nuestra perrita y la mató. Todo empezó gradualmente, al principio tuvimos problemas al hacer el amor, pero no fueron culpa de María sino de mi falta de ternura, ella decía que no era yo. También fui violento con nuestra perrita, cuando hacía alguna travesura, como robar comida o escaparse. No podía contener mi furia cuando no me obedecía. No quería pegarle pero no podía evitarlo. Entonces, María me miraba como si no me conociera, como si fuese un desconocido indeseable. Y yo sentía dolor. Luego todo empeoró, al principio parecía que se había vuelto loca, empezó a gritar que no me conocía, a preguntarme dónde estaba su marido, a preguntarme que había hecho con él. Era como si ya no me amase, y sin embargo me amaba, deseaba que su amado volviera. A veces,

cuando le sonreía con dulzura me amaba por un instante, como si me reconociera.

Un mal día perdí el control y grité, ella no soportaba que no fuese dulce, yo la abrazaba desesperado y llorando, gritando: ¡soy yo, soy yo!, mientras ella me pedía que la dejase, entonces me apuñaló alguien, tal vez María, pero la trayectoria de la puñalada no parecía indicarlo así, tal vez fue el otro hombre, su amante, mi sombra. Yo prefiero creer que fue María, después de lo de la perrita es más probable, la dulce María, quien, como cupido, me asestó una certera y rabiosa cuchillada de amor, que afortunadamente no rompió mi corazón pero sí mi razón.

Huí, me volví loco, ¿quién era yo?, el hombre dulce y generoso o el egoísta violento, o ambos. Pelele o cabrón, empecé a dudar de mí. Me gustó la puñalada (era de amor) y no me gustó (¿a quién amaba María?). Los médicos tardaron mucho tiempo en ponerle nombre a su enfermedad y en darme una explicación que me permitiese comprender que María no estaba loca, sino que me amaba. Amar a María y ser amado por ella, y no poder acercarme, tocarla y no poder verla sin que me rechace y quiera matarme por haber suplantado a su esposo, a mí mismo. Una jodida gilipollez.

No obstante, la esperanza renació cuando descubrí que sí reconoce la voz, los neurologos dicen que por el oído se va directamente a un centro emocional más primitivo, la amígdala, donde María reconoce mi voz, la voz amada. Así que la llamaba por teléfono y milagrosamente me amaba, me aceptaba y me suplicaba volver, lloraba de amor y me preguntaba que dónde estaba yo. La combinación de la lotería es sólo nuestro número de teléfono, no la he llamado en cinco años. Ahora dirá que el vagabundo no es su marido sino un impostor, pero nadie se extrañará demasiado, aunque algunos dirán que he cambiado demasiado, pero esto no es muy peligroso. Cuando yo era pequeño, vivía en mi barrio un niño negro como el tizón, con pelo ensortijado, pero nadie, ni yo, reparó en que era negro, hasta que cuando tenía 18 años, su madre verdadera, una puta borracha, apareció por allí, diciendo que se lo había vendido a la vecina que creíamos su mamá, y que era hijo ilegítimo de un negro de la base naval americana de Rota. Entonces reparamos, y nos fue evidente que era negro. Nadie descubrirá nada. Yo llamaré a María por teléfono, diré que estoy secuestrado y tal vez pida un rescate. El impostor despertará sospechas pero no certezas.

Se que todo esto parece estúpido, pero si hay un verdadero impostor, y sigo llamando a María, tal vez acepte una cita nocturna en un descampado oscuro, y pueda amarla, entrar en su locura y ser cómplices de nuevo. Tal vez le diga que he contraído una enfermedad que me impide recibir la luz y debemos vivir a oscuras, siempre me molestó el sol, ella lo sabe. Ya no se quien soy, tal vez así llegue a ella como un desconocido y me ame de modo inconsciente por mi voz. Sería ridículo, sino fuese tan doloroso. Al menos puedo amarla por teléfono y eso es mejor que perderla. Me siento como un crío abandonado, no existe dolor como la negación de quien te ama, que te sienta un extraño, que no puedas buscarla, abrazarla, poseerla, sentirte amado, hacerle comprender. Siempre tengo pesadillas donde María me ignora como a un extraño, me grita;No! y se va con otros, y ella dice tener pesadillas inversas, donde yo soy un extraño que se acerca, mi voz se desvanece y quedo mudo. Ser rechazado así te hace sentir muerto. Así que soy un muerto, sólo una voz sin cuerpo que la protege. Desde que María no me reconoce no se quien soy yo, y

experimento descanso en ser otros. Si el marido existe, está vivo y está loco, ella dejará de estarlo para todos, no será una loca sospechosa de asesinato. ¿Es el animal salvaje que hay en mi el que tiene la fuerza brutal para resistir, el que no soporta el rechazo de María, y está dispuesto a todo por ella, por tenerla de nuevo entre los brazos? o ¿ es el hombre amable y generoso el que sacrifica su vida por la protección y la ternura de su amada, y cambiaría el mundo, hasta ponerlo patas arriba, para que la vida de María recupere el sentido? Ahora puedo volver a Huetor santillan a por mi perrito y cuidarlo como se merece, junto al otro. Mientras merodeo a María y cuido de ella, y aprendo a sonreir siempre, y siento este dolor que me hace estar vivo y dudar si la loca es ella o el loco disociado soy yo.